



Feminismos decoloniales y saberes plurales anfibios en el Capitalismo Neo-extractivista

Gabriela Bard Wigdor¹

Paola Bonavitta²

RESUMEN

El presente artículo indaga sobre las epistemologías feministas decoloniales y analiza el modo en que inciden las condiciones materiales de producción de los saberes, tanto individuales como colectivos, para que las personas sean consideradas sujetos de conocimiento. En efecto, nos preguntamos por el lugar que ocupan los cuerpos no hegemónicos en las formas de pensar y las emociones que atraviesan al conocimiento académico en el marco del capitalismo neo-extractivista en su dimensión cognitiva, en tanto impacta en los modos de producir, valorar y practicar estrategias anticoloniales, partiendo de la imposibilidad de la traducción entre distintas voces y trayectorias epistémico-experienciales. Finalmente, a partir de los feminismos anticoloniales desarrollamos ideas de comunicación y educación popular con enfoque feminista anticolonial que nos permitan problematizar prácticas y sensibilidades que (re)producen la matriz moderno-colonial heteropatriarcal en el ámbito de la producción del conocimiento, así como involucrarnos en una política que, como parte de un esfuerzo por la descolonización del conocimiento, el poder y el género, nos permita cuestionar procesos de subalternización y nuestro potencial aporte en pos de un Buen Vivir.

Palabras-clave: Feminismos, colonialismo académico, neo-extractivismo, capitalismo cognitivo, ben Vivir.

ABSTRACT: This article investigates the decolonial feminist epistemologies and analyzes the way in which the material conditions of production of knowledge, both individual and collective, affect people to be considered subjects of knowledge. In effect, we wonder about the place that non-hegemonic bodies occupy in the ways of thinking and emotions

¹ Doctora en Estudios de Género, Magister en Trabajo Social con mención en Intervención y Licenciada en Trabajo Social.

² Dra. em Estudos Sociais na América Latina, Mestra em Sociologia, Graduada em Comunicação Social pela Universidade Nacional de Córdoba, Argentina. Especialista em Feminismos Políticos pela Universidade Nacional Autônoma do México (UNAM). Professora universitária e pesquisadora.

that cross academic knowledge in the framework of neo-extractivist capitalism in its cognitive dimension, insofar as it impacts the ways of producing, valuing and practicing anti-colonial strategies, starting from the impossibility of translation between different voices and epistemic-experiential trajectories. Finally, from anti-colonial feminism, we develop ideas of communication and popular education with an anti-colonial feminist approach that allow us to problematize practices and sensibilities that (re) produce the heteropatriarchal modern-colonial matrix in the field of knowledge production, as well as to get involved in a policy that, as part of an effort for the decolonization of knowledge, power and gender, allows us to question processes of subalternization and our potential contribution towards a Good Living.

Keywords: Feminisms, academic colonialism, neo-extractivism, cognitive capitalism, good living.

RESUMO: Este artigo investiga as epistemologias feministas decoloniales e analisa a maneira pela qual as condições materiais de produção do conhecimento, tanto individuais quanto coletivas, afetam para que as pessoas sejam consideradas sujeitos do conhecimento. De fato, nos perguntamos sobre o lugar que os corpos não-hegemônicos ocupam nos modos de pensar e sobre as emoções que atravessam o conhecimento acadêmico no marco do capitalismo neo-extrativista em sua dimensão cognitiva, pois afeta as formas de produzir, avaliar e praticar estratégias anticoloniais, a partir da impossibilidade de tradução entre diferentes vozes e trajetórias epistêmico-experientiais. Finalmente, a partir dos feminismos anticoloniais, desenvolvemos ideias populares de comunicação e educação com uma abordagem feminista anticolonial que nos permite problematizar práticas e sensibilidades que (re) produzem a matriz colonial moderna heteropatriarcal no campo da produção de conhecimento, bem como nos envolvemos na política que, como parte de um esforço para descolonizar conhecimento, poder e gênero, nos permita questionar os processos de subalternização e nossa contribuição potencial para o Bem Viver.

Palavras-chave: Feminismos, colonialismo acadêmico, neo-extrativismo, capitalismo cognitivo, bem viver.

Introducción

Como parte de nuestra experiencia anfibia de ser académicas, militantes feministas y especialmente, a partir de un evento³ que planificamos y que no pudo llevarse a cabo debido a la pandemia del COVID-19 en marzo de 2020, surge la propuesta de este artículo que aborda los saberes plurales y las epistemologías feministas decoloniales en el contexto

³ Planeábamos una actividad académica-militante denominada “TRANS-formar(nos). Encuentro de feminismos del Abya Yala” a realizarse en la localidad de Malagueño, próxima a Córdoba capital, Argentina. La misma estaba organizada por “El Telar. Comunidad de pensamiento feminista latinoamericano”, radicado en la Universidad Nacional de Córdoba. Las referentes invitadas eran Marlene Wayar, Claudia Rodríguez y Lola Cubells, entre otras/os artistas y militantes feministas del país y de Chile.

de un espacio académico que adhiere a la lógica moderna de saber-poder. Esta lógica determina qué saberes son válidos y circulables en los espacios académicos prestigiosos, cuáles quedan en una especie de museo de lo viejo y periféricamente transitando en círculos de las comunidades subalternas y cuáles los que debieran ser rechazados. Ante lo cual, como feministas decoloniales, nos preocupamos continuamente por esos saberes invisibilizados y/o traducidos en términos académicos sin reconocerlos en su origen, que circulan por diferentes espacios como las aulas, los discursos académicos feministas, pero que no encuentran cómo ingresar en las bibliografías que el sistema educativo universitario y científico avalan. Pero que, sin embargo, se recurre a ellos y representan saberes cotidianos y relevantes para la vida.

Como integrantes de “El Telar. Comunidad de Pensamiento Feminista Latinoamericano”, un equipo de investigación-acción-militancia radicado en la Universidad Nacional de Córdoba, creemos necesario apostar por una academia que no sólo no se aleje de los territorios, de las mujeres, de las disidencias sexuales, sino que también se acerque a ellos. Apuntamos a que el trabajo militante no se convierta en un mero insumo para posteriores producciones teóricas, sino dar cuenta de que nos atraviesa en lo cotidiano, en lo relacional, en nuestras vidas profesionales y personales. Esto nos llevó, asimismo, a elaborar también producciones académicas que se alejan de lo estrictamente científico, pero también de otras producciones que circulan por fuera de los espacios universitarios. Somos entonces, una especie de feministas anfibias, transitando la tierra y el agua, los límites difusos entre lo que es legítimo y lo que no, entre un lado y el otro de los lenguajes establecidos, deconstruyendo nuestras propias colonizaciones y lo colonial que aún nos habita.

En ese sentido, en este trabajo intentamos reflexionar acerca de las maneras que pretendemos desarmar de construir conocimiento avalado por el sistema-mundo-moderno y sobre las posibles propuestas para deconstruir la colonialidad del conocimiento académico, situar y corporizar los saberes y reflexionar sobre las prácticas coloniales de quienes ocupamos, de algún modo, ciertas posiciones de poder en el saber dentro del entramado universitario.

En consecuencia, para abordar este tema, nos preguntamos por tres ejes o problemas construidos colectivamente. El primer eje trata sobre las desigualdades y privilegios que se materializan y reproducen en los modos de producción de conocimiento

en la universidad, tanto como las formas extractivistas de relacionarnos entre nosotras/os/es, atravesadas por subjetividades neoliberales, individualistas y patriarcales. El segundo eje de debate se relaciona con las formas coloniales del conocimiento académico y militante feminista argentino, las desigualdades y privilegios que produce el capitalismo cis-heteropatriarcal y el neoliberalismo consagrado en la región de Nuestra América y el Caribe. Finalmente, nos propusimos rastrear y crear formas de acceso y organización de la educación y del activismo que garanticen la pluralidad de voces y cuerpos, así como la ruptura con la repetición de *la colonialidad del ser, el saber y el género*.

A partir de estos tres ejes de debate que se habían pensado colectivamente para el evento TRANS-formar(nos), en este artículo desistimos de trabajar desde las epistemologías Trans y nos concentramos en los feminismos decoloniales, ya que, de lo contrario, estaríamos reproduciendo la lógica colonial de apropiación de saberes y experiencias subalternas. Siendo coherentes con la visión del saber que proponemos y con nuestra manera de comprender los feminismos y las prácticas académicas-militantes, consideramos que, en tanto somos mujeres cisgénero y no hemos experimentado con el cuerpo las vivencias Trans y sólo tenemos lecturas teóricas o conversaciones con referentes locales en la temática, no es momento de desarrollar estas ideas. Al contrario, nos sentimos hermanadas con el reclamo Trans acerca de evitar que otras sexualidades hablen en su nombre y narren sus historias, agravado cuando quienes dicen representarlas no habitan de modo legítimo y políticamente relevante el mundo junto a ellas.

En ese sentido, el artículo aborda los siguientes interrogantes: ¿De qué modo inciden las condiciones materiales de producción de los saberes para ser considerado conocimiento legítimo?; ¿Qué posición ocupan aquellos cuerpos no hegemónicos en las formas de pensar y las emociones que atraviesan el conocimiento académico en la hegemonía del capitalismo cognitivo?; ¿Cómo generar conocimientos anticoloniales asumiendo la imposibilidad de la traducción entre distintas voces y trayectorias epistémico-experienciales?; ¿Cómo utilizar herramientas de la comunicación y educación popular en procesos de educación feminista anticolonial?. Con estas preguntas, buscamos problematizar prácticas y sensibilidades que (re)producen la matriz moderno-colonial heteropatriarcal en el ámbito de la producción del conocimiento, así como involucrarnos en una política que, como parte de un esfuerzo por la descolonización del conocimiento, el poder y el género, nos permite cuestionar procesos de subalternización y nuestra

participación en ellos para potenciar proyectos del buen vivir.

Eje 1: Lógicas neocoloniales de producción de conocimiento en la academia

La búsqueda que sostenemos como espacio colectivo en “El Telar” es ensayar respuestas desde los estudios decoloniales y feministas al histórico interrogante sobre ¿para quiénes, con qué sentido, de qué modo generamos y circulamos eso que llamamos conocimiento en la academia y fuera de ella?

El diagnóstico compartido por quienes adscriben a la corriente anticolonial de pensamiento-acción es que la academia trabaja sobre conocimientos que surgen de la sociedad, de elementos que extrae de las/os sujetos que estudia, conoce y aprende, pero que generalmente no se traducen en mejoras para sus condiciones de vida. Al contrario, se sustraen de circulación social para el encierro académico, se mercantilizan en artículos, conferencias y charlas de un mundo cerrado sobre sí mismo que cuando quiere salir a contactar con “los otros” del saber científico, lo efectúa primeramente habiendo concretado un extractivismo epistémico y posteriormente cosificando a las personas, la naturaleza y los animales:

(...) La cosificación es el proceso de transformar los conocimientos, las formas de existencia humana, las formas de vida no-humana y lo que existe en nuestro entorno ecológico en «objetos» por instrumentalizar, con el propósito de extraerlos y explotarlos para beneficio propio sin importar las consecuencias destructivas que dicha actividad pueda tener sobre otros seres humanos y no-humanos. (GROSFUGUEL, 2016, p. 126).

En efecto, ontológicamente las universidades conocen para dominar la naturaleza y a quienes se consideran parte de ella: mujeres, cuerpos feminizados, animales, etc. Desde su origen, todo lo que no sea varón blanco, ilustrado y heterosexual cae por fuera de la categoría moderna de humanidad y debe ser ordenado, controlado y explotado. Por tanto, es el corazón colonial el que prima sobre las formas en que se organiza el conocimiento en las academias del mundo eurocentrado.

Asimismo, al igual que el extractivismo económico supone aquellas actividades que se hacen desde los países imperialistas para saquear los recursos naturales de los países periféricos y exportarlos en un proceso que los transforma en mercancías; como mecanismo neocolonial, la academia efectúa la misma operación con los saberes de los

sectores populares, pueblos originarios y afrodescendientes o las experiencias de los colectivos Trans. En efecto, el extractivismo académico consiste en una práctica de despojo y apropiación de saberes de sectores subalternos para traducirlos en lenguajes y lógicas ajenas a esos mismos sectores y producir recursos de todo tipo a partir de la negación de su origen. Pueden ser recursos económicos, sociales, culturales o simbólicos, tanto del individuo como de la institución, pero nace como resultado de procesos epistemicidas.

Leanne Simpson (2017), activista indígena canadiense, toma la idea de extractivismo y habla del *cognitivo*, que consiste en una alianza entre las instituciones que usufructúan conocimientos subalternos y promueven al mismo tiempo, el saqueo de la naturaleza. Señala que incluso quienes detentan una política de encuentro con otros, acaban integrando conocimientos subalternos al dominante y presentándolos en los términos de este último, lo que los sustrae de su potencia disruptiva y los ingresa en el circuito mercantil del saber científico. Simpson (2017) sostiene que “extracción y asimilación van de la mano”, negando la identidad y el entramado que parió esos saberes ahora académicos.

En consecuencia, como sostiene Ossa (2012), el capitalismo cognitivo modifica la sensibilidad cultural y afecta nuestras maneras de sentir, comprender y conocer de un modo radical, reorganizando la vida humana para impactar en la manera de significarla y de vivirla. Incluso para quienes reconocen esta situación y optan por salir políticamente de esa lógica de producir vínculos y conocimientos en el encierro académico, se enfrentan con que las propias trayectorias y mirada sobre el mundo son coloniales de manera constitutiva y que el primer esfuerzo que debe realizarse es “pensar para poder pensar”. Es decir, se requieren dos movimientos necesarios, primero darnos cuenta de que no tenemos espacio para el ejercicio crítico del pensamiento y luego, ejercitar nuevos modos de sensibilidad para intentar soñar modos alternativos al capitalismo cognitivo.

Paradójicamente, el ejercicio creativo es constitutivo del capitalismo cognitivo, donde la creatividad se pone en el centro de la cultura, pero la cultura mercantilizada ha convertido a la creatividad en el agente subordinado de la producción política y económica de esa propia cultura. Los y las creativos/as son asalariados/as para poder sobrevivir y tienen que someterse al sistema al mismo tiempo que son ellos/as mismos/as quienes lo crean. De este modo, la creatividad, la innovación en el conocimiento se destina a desarrollar actividades que controlan y someten a su propio/a creador/a. En ese marco de

“desmaterialización de la mercancía” (Maldonado, 2001, p.28), el conocimiento vale mercantilmente cuando es propiedad privada de una empresa o de una autora y es por ello que existen los derechos de propiedad intelectual.

En ese sentido, el sector universitario, las/os investigadoras/es que desarrollamos proyectos de producción de conocimiento, hegemónicamente nos encontramos encerrados en la lógica extractivista del sistema, aun cuando pensamos estar creando alternativas. En efecto, los sectores intelectuales se han constituido en una meritocracia obsesionada por mostrar que existen con un propósito significativo, con crear una imagen de lo que significan para el mundo en términos de innovación y logros monumentales, como coyunturalmente puede ser ganar la batalla frente al COVID-19, sin reflexionar profundamente sobre el origen socioestructural y ambiental de esos problemas, sin analizar el aporte que sus desarrollos generan para la construcción de tecnologías y saberes que atentan contra sostenibilidad de la vida y que producen la devastación de la misma (OSSA, 2012).

Por consiguiente, es necesario que nos preguntemos por la contribución de la educación superior al desarrollo de problemas más que soluciones para el Buen Vivir, porque todo lo medimos en términos de efectividad y de lo aplicable que puede ser un aprendizaje. Lo que llamamos “conocimiento útil” es el vínculo más estrecho entre el ámbito de la producción y comercialización del conocimiento y muestran que la universidad hace parte de “una relación entre educación y mercado, entre conocimiento, saber y poder” (LAZZARATO, 2004, p. 130).

En el plano específico de los feminismos académicos existe un estallido de discursividades donde cualquier aporte se considera válido como portador de un mensaje que debe ser atendido, sostenido en las condiciones materiales de circulación que permiten las redes sociales. Así, cierto sector que se autoreconoce como feminista, parece capturado por la creciente mercantilización de la existencia, donde el valor estético se convierte en un aspecto principal del deseo de producción de saberes, propuestas y presentación de sí, olvidando la dimensión de la ética y la política contrahegemónica que caracterizaba a los feminismos. De hecho, respaldadas por la legalidad del saber que se manifiesta en títulos y en la libertad de la palabra, sectores del feminismo blanco obturan debatir sobre acuerdos colectivos de lo que podrían ser el piso ético de las propuestas como movimiento. En efecto, como decía en una conferencia Fernando Huanacuni Mamani

(2009), ex canciller indígena del Estado Plurinacional de Bolivia, el pensamiento colonial es jerárquico y ha mutado a los títulos académicos, “todo se ha reducido a títulos y obviamente la acción está paralizada, no se sabe qué hacer, por dónde empezar”. Se termina negando voces en debate exclusivamente teóricos donde se desconocen genealogías y prácticas de resistencia no hegemónicas de amplios sectores de mujeres y cuerpos feminizados.

Eje 2: Formas coloniales del conocimiento académico y militante feminista argentino

El capitalismo cognitivo, desarrollado en amplitud con el neoliberalismo, se expresa tanto en prácticas económicas sobre formas de conocer (desde fines del siglo XX y principios del XXI), así como también domina las afectividades y las formas de vincularnos hoy. Fortalece divisiones coloniales que determinan quiénes portan el saber y qué instituciones lo legitiman, así como cuáles saberes se combaten, se juzgan como “atrasados” y se silencian. Pensamos en prácticas como la medicina indígena frente a las poderosas y millonarias industrias farmacéuticas o las plantas que curan aniquiladas en favor de un orden depredador de la naturaleza que narcotiza nuestras vidas y las coloniza por la fuerza. Como remarca Dan Wood, “para quienes estudian la colonización epistémica, esto significa que la colonización del conocimiento equivale en gran medida a la imposición forzosa de un sistema de conocimiento sobre otro, la destrucción de varios sistemas de conocimiento indígenas, la reeducación forzosa (...)” (2016, p. 317).

La colonialidad reeduca o disciplina todo aquello que se rebela, estructura los saberes, los modos de enseñar y aprender, tanto como militar, para que perspectivas críticas no puedan trascender el cuestionamiento domesticado al orden social. Al imponer el dominio de ciertos saberes, la colonialidad consagró, también, una única y exclusiva mirada de mundo. Ésta, por supuesto, nos ha quedado limitada a Occidente y ha empequeñecido la capacidad de ver, sentir, aprender y comprender. En efecto, nos alejamos de saberes ancestrales que ofrecían una mirada compleja y completa del mundo, que conectaban razón con emoción, pensamiento y sentimiento, corporalidades con el territorio, así como también ofrecían la sabiduría de que humanidad y naturaleza no estaban separados. Se legitimó un mundo que piensa y organiza a la totalidad del tiempo y

del espacio en clave eurocéntrica, universalizando la especificidad histórico-cultural extranjera como patrón de referencia superior y universal (LANDER, 2000).

En ese sentido, las cosmovisiones y saberes indígenas y ancestrales, perdieron su valor en el sistema-mundo impuesto por la ciencia moderna y el paradigma positivista. Se consolidó el supuesto de que la naturaleza estaba separada de la humanidad y el cuerpo del territorio. Aceptamos que había voces autorizadas para hablar y pensar y otras que, silenciosas, portaban las acciones sobre la que otros reflexionaban. Quienes llevaban la palabra y el pensamiento, carecían de la vivencia, pero la academia legitimó sus voces por portar el poder y reproducir la huella colonial. Así, los varones hablaban de las mujeres y las académicas de los cuerpos feminizados, mientras los europeos describían a nuestros indígenas y la academia urbana analizaba a la población campesina. La experiencia quedó relegada a lugares marginales y lo importante tenía que ver con la acumulación de ciertos capitales: algunos hasta heredados y otros conseguidos mediante ciertas condiciones materiales de existencia.

Al respecto, pensando en modos de desaprender estas lógicas, señala Wood (2016, 309):

Para los interesados en la descolonización epistémica, no solo resulta que el imperialismo y la producción de conocimiento surgen uno junto al otro, sino que en lugar de eso sirven como formas de dominación interrelacionadas de forma causal y que se refuerzan mutuamente.

Por tanto, desaprender los modos de enseñar pero también de recibir enseñanzas coloniales que simulan un aprendizaje crítico se torna un doble desafío. En efecto, se trata de construir nuevas pedagogías que desarticulen, además, las relaciones de poder vigentes que son verticalistas y androcéntricas, pero también heterocisnormadas y que reproducen violencias de género y adultocentrismos. Pensar hoy en romper estos esquemas, nos lleva a intentar descolonizar nuestros sentidos, significados y las relaciones de saber-poder legitimadas. Como señala Wood (2016, p. 320):

Para mí, el término «descolonización» se refiere a los procesos que socavan estructuras, agentes, cosas, mecanismos, sistemas, y funciones colonialistas posibles y reales, así reduciendo la cantidad y calidad de las maneras en que dichas realidades están o han sido colonizadas.

La resistencia ante la colonialidad se desarrolla en la frontera entre sujeto y objeto, entre la objetivación y la subjetividad del ser en sociedad. Asimismo, es una disputa por lo

que el sistema mundo-moderno específica como saberes válidos así como por reconocer que las miradas científicas no son neutrales y objetivas, sino que, por el contrario, han reforzado las competencias en el seno de una sociedad capitalista en lo económico pero también en lo vincular-social:

El mundo capitalista es el mundo de la competencia y del mercado pero, antes que nada, el de la objetivación y el poder. Es una arena de lucha permanente contra el otro que es vencido mediante la desposesión, material y subjetiva y mediante el enfrentamiento con sus saberes objetivados como si le fueran ajenos. El vencedor no sólo se convierte en propietario de las condiciones materiales para la reproducción de la vida sino que es quien le impone el sentido y quien determina su pertinencia. La competencia es el juego del poder, de la superioridad/inferioridad, de la dominación, de la negación del otro, de la destrucción de sujetos. (CECEÑA, 2004, p. 306).

A quienes no dialogan con la ciencia dominante se los deja al margen o se les otorga la categoría de “lo popular”, claramente ejemplificado en las clasificaciones que dividen arte popular de masivo, como arte o artesanía, sabiduría o filosofía, conocimiento o saberes, que en este sistema marcan lo legítimo y validado.

Con la militancia en general y feminista en particular sucede algo similar. Los saberes aprehendidos y generados desde la experiencia militante ocupan espacios todavía periféricos en la academia, aun cuando se trata de espacios feministas: la militancia es convocada para ciertos eventos o para aunar fuerza en algunos debates y discusiones. No obstante, permanece por fuera cuando se trata de reconocer discusiones epistemológicas y conceptuales que ocupan y preocupan a quienes se posicionan jerárquicamente como portadores de las teorías legitimadas. Esto es llamativo cuando las académicas feministas son, al mismo tiempo, militantes. No obstante, pareciera que se gestaron saberes que no van de la mano, que dialogan de vez en cuando pero que deben permanecer en lugares separados.

Si bien las teorías feministas se hicieron a partir de la militancia en las calles, territorialmente, las voces autorizadas eran las de ciertas mujeres cisgénero que habían adquirido determinados capitales y habían circulado por la academia. No obstante, a diferencia de otros conocimiento, el feminismo se nutrió de la militancia y las mismas feministas académicas se han reconocido como militantes.

A través del compromiso académico militante se ha ido construyendo una epistemología feminista que reivindica la voz de las mujeres y propone una crítica al saber construido por la ciencia normalizada, así como a su

explicación/compreñión de los diversos fenómenos de la realidad. Esta epistemología se define como conocimiento situado, la cual, desde el privilegio epistémico proveniente del punto de vista de la oprimida, puede revelar lo no comprendido y producir un orden más abarcante, transformador y liberador. Institucionalizar académicamente el pensamiento feminista implica reconocer la importancia de las experiencias femeninas como recurso para el análisis social y tiene consecuencias en la estructuración de las instituciones sociales, la educación, los laboratorios, las publicaciones, la difusión cultural y, en general, la vida social en su totalidad. Los estudios feministas, de género y de las mujeres tratan de producir conocimiento ampliando sus horizontes establecidos, incorporando el punto de vista femenino, utilizándolo como base de nuevas líneas de trabajo e indagación. Han desarrollado patrones diferentes de conocimiento y también métodos que llamamos feministas. (CAROSIO, 2019, s/n).

En este marco han quedado afuera las campesinas, las indígenas, las mujeres de sectores populares, las personas trans, las negras, por citar algunos casos, que hablan en la academia mediadas por otras. Son las académicas -las que acumularon capitales- las que hablan por ellas, como una especie de traductoras de un lenguaje que la universidad y la ciencia insisten en no dejar entrar. La academia feminista se torna extractivista y como señalan, Klein y Simpson (2017), suprime las relaciones que dan sentido a lo que sea que se extraiga.

Frente a este feminismo colonial, los indígenas y comunitarios sostienen la categoría de cuerpo-territorio y la necesaria descolonización como dimensión central y práctica de todo saber que se pretenda activo en la despatriarcalización (GAGO, 2019). Y esa descolonización es asumir que no en pocas ocasiones las feministas académicas enarbolan luchas que les son propias, pero que no atraviesan, en la cotidianeidad, a las mujeres y disidencias que no consiguen acceder a espacios del decir legitimados para contar sus experiencias. Y, al mismo tiempo, en sus propios términos, estas luchas participan marginalmente de los territorios académicos. De modo que es un constante extractivismo donde estudiamos a las voces periféricas, observamos y hablamos por alguien que no ingresa a las estructuras donde el saber-poder circula. Como señala Valeria Fernández Hasan (2018, p. 138):

La doble pertenencia (militancia feminista/mundo de la academia) presenta muchas veces fronteras borrosas y complejas para quienes, por un lado, transitan las calles portando la marca estigmatizante de la academia y sus huellas andro-euro-hetero-centradas y, por otro, des/obedecen las normas establecidas de esas mismas lógicas patriarcales, propias del conocimiento científico, por las

que son señaladas en el activismo feminista .

A partir de lo cual surgen preguntas centrales para quienes esperamos contribuir a un conocimiento académico que dialogue efectivamente con los territorios y con los cuerpos que allí habitan. ¿Cómo es posible hacer ciencia sin ser extractivista? ¿Cómo permitir que dialoguen esos mundos que parecen desarrollarse en paralelo? Especialmente, nos preguntarnos por nuestras propias posiciones frente a saberes ancestrales y no considerados científicos en el marco de una ciencia positivista. Si habitamos espacios académicos, ¿es legítimo, por ejemplo, incorporar plantas a los procesos de sanación o confiar en la palabra como el soporte tecnológico del saber? Muchas veces sucede que nos replanteamos o cuestionamos los postulados positivistas del conocimiento pero, en nuestras vidas cotidianas, en nuestros haceres pragmáticos, apelamos a ese mismo positivismo que repudiamos, confiando exclusivamente en “lo científico” y dudando de los saberes que han resistido cientos de años a colonizaciones sangrientas e ideológicas. Entonces, transportamos el saber mundo-moderno a nuestras vidas privadas.

Como plantean de Lucas y Faria Rocha (2020, p. 9)

O modelo colonial impõe padrões rígidos de existência, pois as minorias que são maioria do ponto de vista numérico precisam ser contidas para que endossem o projeto agressivo da retirada de direitos das pessoas trabalhadoras, o projeto de estado mínimo, exploração irracional do meio ambiente, e tantos outros projetos que são colocados para a sociedade como o caminho do desenvolvimento, todos eles, é claro, em consonância com a cartilha colonial. Questionar esses projetos e as implicações destrutivas à sociedade é uma forma de descolonização.

Y descolonizar las instituciones se vuelve urgente en los tiempos que corren pero también se trata de descolonizar nuestras prácticas y nuestras subjetividades, incorporar la mirada amplia en la academia y nuestras vidas. Como señaló Graciela di Marco: ¡Revolución en las plazas, en las casas y en la casa!

Eje 3 del debate: Pluralidad de voces y cuerpos en la educación y en la militancia

Boaventura de Sousa Santos (2019) dice que los sectores subalternos precisan ser sujetos para pensar mundos y para representarse a sí mismos/as en sus propios términos.

Es decir, ser un sujeto y no un objeto epistemológico para transformar el mundo que conoce como propio. En efecto, como desafío político lo que plantea el autor es inconmensurable de pensar únicamente como un movimiento desde los activismos o la academia. Estamos ante un desafío revolucionario que nos invita a generar alianzas entre “los sures” y asumir que no sólo debemos afrontar aprendizajes, sino también desaprendizajes colectivos de la matriz colonial que nos constituye.

Entre los posibles aprendizajes, las cosmovisiones que no son occidentales y no reproducen el dualismo humanos/as-naturaleza, encontramos conceptos como madre tierra para los pueblos originarios andinos, el Twaheed para el Islam o el Ubundu en África (entre otras), que se sostienen en una idea epistémica de cosmos donde todas las formas de vida se saben interdependientes entre sí. Por tanto, la vida humana se sabe dependiente de las otras formas de vida y reconoce con sabiduría que de atender contra ellas, inevitablemente se destruiría a sí misma. En ese sentido, desaprender la actitud miserabilista con que la academia mira los saberes y vidas no científicas es un eje, tanto como asumir el respeto como forma de vincularse con el planeta. De hecho, apelar a la responsabilidad, como sostienen Klein y Simpson (2017), es reconocer que cuando se extraen saberes, recursos, cuerpos para hacerlos funcionar únicamente para el propio bien, lo primero que evidencia es ausencia de responsabilidad.

Si no se está desarrollando relaciones con la gente, no se está retribuyendo, no se está quedando cerca para ver el impacto de la extracción. Se está yendo a otro lugar. La alternativa es la reciprocidad profunda. Es respeto, es relación, es responsabilidad, y es local. (Klein y Simpson, 2017, p. 57).

Siguiendo a Jeanne Simpson (2017) la responsabilidad y el respeto van de la mano con la actitud militante de revitalizar los espacios muertos. Esto implica desistir de abandonar los espacios que se encuentran en estado de saqueo, desidia, abandono o ignorados por la hegemonía del ser, el saber, el poder y el género, para trabajar en su sanación. Existen muchas maneras de nombrar lo que sería sanar y revitalizar espacios muertos, en la academia puede ser dar lugar a las voces subyugadas y reconocerlas como apuestas políticas relevantes para dialogar. En otros términos, puede ser hablar de amor o de amistad, como sostiene el pueblo guaraní⁴ con el término Rohayhu o “rojaijú”: “la

⁴ Los guaraníes son pueblos originarios sudamericanos que se ubican geográficamente en Paraguay, noreste y noroeste de Argentina,1 sur y suroeste de Brasil (en los estados de Río Grande do Sur, Santa

solidaridad entre iguales que nunca muere”. Pensamos también en el Ubuntu, una regla ética sudafricana que festeja la lealtad y la "humanidad hacia otras personas". O el concepto de In Lak'ech del pueblo maya: “yo soy otro tú”. Posiciones todas que combaten el radical individualismo de este orden colonial que oscurece la verdad de la codependencia de todas las especies y la importancia de la ética del cuidado colectivo. Como señala Alvarado (2016 b, p. 20):

Si hubo algo que pudo destruir la colonia fueron los lazos, los vínculos y relaciones entre las gentes, destrucción que obturó pensares, quehaceres, sentires comunales. Si hay algo que desquicia el orden colonial es la comunalidad.

Todo lo que ya es conocemos como educación/comunicación popular feminista decolonial gira en torno a los valores de los que el sistema reniega como la humildad ante otras especies, la empatía entre todas/os “porque yo soy porque nosotros somos, y dado que somos, entonces yo soy” así como la idea de que “el bien común, es el bien propio”. En ese sentido, se discuten las ideas de lo que sería “un buen vivir” para todas/os, como hacer que la resignación ante el orden capitalista se vuelva rebeldía comunitaria y experimentación de nuevas relaciones con todo lo que vive.

Para ello, también debemos desandar las relaciones racializadas que han sido centrales en la división entre saberes válidos académicamente y aquellos que circulan por fuera. “La matriz de la colonialidad afirma el lugar central de raza, racismo y racialización como elementos constitutivos y fundantes de las relaciones de dominación” (WALSH, 2014, p.4). No obstante, Walsh (2014) sostiene que mientras la dupla modernidad-colonialidad históricamente ha funcionado a partir de patrones de poder fundados en la exclusión, negación y subordinación y el control dentro del sistema-mundo capitalista, hoy se esconde detrás de un discurso (neo)liberal multiculturalista. Se imagina que, con el reconocimiento de la diversidad y la promoción de su inclusión, el proyecto hegemónico de antes se ha disuelto; y de lo que se trata más bien de una re-acomodación de la colonialidad del poder frente a las necesidades del mercado global en una era neoliberal.

¿Qué sucede hoy en América Latina al respecto de las voces plurales y su convivencia en espacios académicos-militantes? Siguiendo a Catherine Walsh, nos permitimos reflexionar frente a realidades que parecen incluirse y, en esa inclusión, crea

Catarina, Paraná y Mato Grosso del Sur) y sureste de Bolivia (en los departamentos de Tarija, Santa Cruz y Chuquisaca).

nuevas fronteras y límites difusos y borrosos. Walsh (2014, p. 3) explica:

Considerar este trabajo político-pedagógico y pedagógico-político en el contexto actual latinoamericano es, tal vez, más complejo hoy, tanto por el reconocimiento y la inclusión de los “oprimidos” y “condenados” en las instituciones y el discurso públicos, oficiales, neoliberales y transnacionalizados –dando la impresión que el “problema” está disuelto–, como por las luchas que los movimientos indígenas y afrodescendientes están logrando avanzar en la construcción de sociedades, Estados y humanidad radicalmente distintos, pero ante racismos solapados y estrategias opositadas - cada vez más sofisticadas - de continua manipulación, cooptación y subversión.

En un intento por sumar voces y pluralidades, también se pierde, y se manifiesta un falso sentir colectivo, donde todos/as nos sentimos portadores de los males de la humanidad, aunque en realidad estamos hablando de manera situada, cerca de ciertos atravesamientos y alejadas, por supuesto, de muchos otros. Como especifica Mariana Alvarado (2016, p. 5):

La distancia física entre cuerpos silencia las voces y enfatiza la sordera. Obstáculos epistemológicos que reducen la experiencia de los cuerpos y las posibilidades de narrarla. La metódica epistémicamente feminista propone acercarse, hablar, escuchar, entrar en diálogo entre ideas .

Así, la propuesta feminista nuestra americana y decolonial nos invita a sumar pluralidad de voces. Ahora bien, debemos hacerlo con la clara conciencia de que esas voces parten de ciertos saberes y condiciones situadas y desde allí oír y comprender.

Reflexiones

*Pienso que el ímpetu de actuar y cambiar y transformar,
para mí, existe sin importar si este es o no el fin del mundo.
Si un río se ve amenazado, es el fin del mundo para esos peces.
Ha sido el fin del mundo para alguien desde el principio.
Y creo que la tristeza y el trauma de eso es razón suficiente para que yo
actúe*
Jeanne Simpson

Sintéticamente creemos que una práctica feminista decolonial no se trata sólo de considerar a aquellas/os sujetas/os que no están hoy en la academia, sino de aprehender el mundo como una totalidad que merece responsabilidad y cuidado. En torno a ese

camino, provincializar las experiencias y atender a los saberes locales, dejar de posicionar a la academia como la voz autorizada para decirnos qué hacer. Quizás apostar al diálogo desde una reciprocidad pueda leerse simplista, no obstante creemos que hacer comunidad es la única respuesta para la supervivencia de las especies que habitan el planeta. Como sostiene Mamani (2009), el diálogo, la reflexión colectiva son espacios de vida, de charla, de amistad, donde fluye el sentimiento sin reducir el mundo a la racionalidad.

Sin embargo, eso no implica desconocer nuestro lugar como feministas académicas con privilegios o negar que a veces hemos usado el conocimiento como una mercancía, repitiendo la lógica capitalista de tomar un saber que es de los pueblos originarios, afros, etcétera y traducirlo a los términos y lenguajes de la academia. Así, lo convertimos en una mercancía como el paper, las conferencias o artículos y la hacemos circular como tal, generando ganancias extraordinarias en términos de capital simbólico a costa de saberes de otras personas que conocen esos temas de los que hablamos en el papel porque los pasan por sus cuerpos. Es decir, somos la burguesía del saber, cuándo deberíamos ser militantes que disponen de recursos de lucha y potenciación de otros mundos posibles, otras acciones y vínculos. Animarnos a saltar las fronteras rígidas de una academia obsoleta e incorporar miradas y saberes que nos desafíen a abandonar el cómodo circuito de perpetuar nuestras posiciones de poder.

Asimismo, si bien algunas feministas acuerdan con la panameña Urania Ungo en que “citar es un hecho político”, en esas citas debemos dejar en claro los lugares de enunciación y de producción de sentidos. Tenemos, además, que recurrir a las voces protagonistas y no solamente citarlas. Dando valor y haciéndoles lugar, también generamos comunidad. La academia es cada vez más acusada por los activismos y por los sectores populares porque no les representa, por circunscribirse a ámbitos específicos y cerrados, alejados de lo que sucede en las calles, en los territorios y en los corazones.

Lo contrario a esta lógica de gobierno del saber es producir saberes que se ligen a la lucha de los pueblos y abandonar las pantallas y la virtualidad como la forma de indagar sobre el otro/a de modo constante. Hacer comunidad, valorar los conocimientos enraizados en su tierra, en su cultura, en la apuesta de cuidarnos colectivamente. Como sostienen Simpson y Klein (2017, p. 30):

Creo que tengo que levantarme cada vez que el territorio base de nuestra nación se ve amenazado... ya sea por la legislación, la deforestación, la exploración minera, proyectos inmobiliarios, oleoductos, arenas

bituminosas o campos de golf. Me levanto cada vez que el territorio ancestral de nuestra nación se ve amenazado, porque todo lo que tiene sentido para nosotros viene de la tierra: nuestros sistemas políticos, nuestros sistemas intelectuales, el cuidado de nuestra salud, la seguridad alimentaria, la lengua y nuestro sustento espiritual y fortaleza moral.

El conocimiento debiera responder a los intereses de quienes producen que la vida circule y son las/os trabajadoras, las mujeres y cuerpos feminizados que hacen sostenible esta vida a pesar de todo. Pretender una academia en comunidad con la sociedad entera y ya no un diálogo sobre ficciones intelectuales que no refleja lo que sucede fuera de las instituciones científico-universitarias ni las demandas de los tiempos que corren. Como señala Mariana Alvarado (2016 b, p. 22)

Nos cabe a las académicas del Sur, a las pensadoras desde y para el Sur abocarnos a la descolonización de la teoría, a la desarticulación de los cánones, a irrumpir en los diálogos, a cuestionar las categorizaciones y desandar clasificaciones, a desestabilizar(nos) discursivamente, a tener en cuenta y dar cuenta de nuestros privilegios así como de nuestra disposición a soltarlos, atender a nuestra posición de sujeto puesto que no es ni intercambiable ni irreversible, ahondar en los mecanismos que sostienen aún todavía el pacto sexual en el trabajo intelectual y emocional situado.

Se trata de reconocer los egos intelectuales y de enunciar colectivamente, de abandonar las palabras individuales que, en realidad, retoman las voces de otras como si fueran propias. La apuesta pasa por construir comunidad en la acción y en la palabra, como desafío político a una sociedad y una academia que nos quiere cada vez más individualistas y productivistas. Que el desafío hoy pasa por construir en conjunto conocimientos pero también lograr circularlos, desafiando lógicas colonialistas del saber-poder y del extractivismo positivista. El gran temor pasa por convertirnos en “intelectuales de sillón” sin anclaje territorial, sin conciencia social y sin usar la palabra como acción política. La palabra -la nuestra, la de ellas/os, la de todas/os- debe ser liberadora, transformadora, disruptiva. Alejarse de la cómoda armonía y revolucionar-nos-les.

Referencias

ALVARADO, Mariana (2016) Voces del sur que hacen experiencia de frontera; Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades; **Intersticios**; 5; 9; 9-2016; 67-75.

ALVARADO, Mariana (2016 b) Epistemologías feministas latinoamericanas: Un cruce en el camino junto-a-otras pero no-junta-a-todas; Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades desde América Latina; **Religación**; 1; 3; 10-2016; 9-32.

CAROSIO, Alba (2019) Sin disociar la investigación de la lucha: feminismos militantes en la academia latinoamericana y caribeña. **CS**, núm. 29. DOI: 10.18046/recs.i29.3744.

CECEÑA, Ana Ether (2004) El zapatismo. **De la inclusión en la nación al mundo en el que quepan todos los mundos**. Buenos Aires: CLACSO.

DE LUCAS, Carlos y FARIA ROCHA, Carlana (2020) Emergência e urgências dos activismos de(s)coloniais: o ato “nosso luto, nossa luta” por Brumadinho (Minas Gerais). **Rev. Eletrônica Mestr. Educ. Ambient.** Rio Grande, Dossiê temático “Imagens: resistências e criações cotidianas”, p. 65-85, jun. Recuperado de: <https://periodicos.furg.br/remea/article/view/11245/7489>.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2019) **El pluriverso de los derechos humanos**. La diversidad de las luchas por la dignidad. Argentina: AKAL.

FERNANDEZ HASAN, Valeria (2018) Feminismos del Sur Academia/activismo, núcleos de sentido en tránsito. **ReviISE**. Vol 11, Año 11.

GAGO, Verónica (2019) La potencia feminista. **O el deseo de cambiarlo todo**. Madrid: Traficante de Sueños.

GROSFUGUEL, Ramón (2016) Del «extractivismo económico» al «extractivismo epistémico» y al «extractivismo ontológico»: una forma destructiva de conocer, ser y estar en el mundo. **Tabula Rasa**. Bogotá - Colombia, No.24: 123-143, enero-junio 2016. <http://www.revistatabularasa.org/numero-24/06grosfuguel.pdf>.

KLEIN, Naomi y SIMPSON, Leanne (2017) Danzar el mundo para traerlo a la Vida: conversación con Leanne Simpson de Idle. **Tabula Rasa**, núm. 26. <https://www.redalyc.org/jatsRepo/396/39652540004/html/index.html>

LANDER, Edgardo (2000) **La colonialidad del saber**: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO.

OSSA, Carlos (2016) **El ego explotado**. Capitalismo cognitivo y precarización de la Creatividad. Pp.117. Santiago de Chile. Ediciones de la Universidad de Chile.

REYNOSO-JAIME, Jenaro y NAVA-GOMEZ, Guadalupe (2016) Certidumbre y sorpresa en la historia: la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el contexto mexicano de modernización neoliberal. **Procesos Históricos**, núm. 30. Universidad de Los Andes. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/200/20047079003/html/index.html>.

WALSH, Catherine (2014) **Interculturalidad crítica y pedagogía de-colonial**: in-surgir, re-existir y re-vivir, en Educación Intercultural en América Latina: memorias, horizontes

históricos y disyuntivas políticas, Patricia Melgarejo (comp). México: Universidad Pedagógica Nacional–CONACIT, editorial Plaza y Valdés.

WOOD, Dan (2016) Descolonizar el conocimiento: una mise en place epistemográfica.

Tabula Rasa. Bogotá - Colombia, No.27: 301-337. DOI: <https://doi.org/10.25058/20112742.453>.

<https://doi.org/10.25058/20112742.453>.

MAMANI, Fernando Huanacuni (2009) Cosmovisión Andina por el Buen Vivir - Vivir Bien.

Conferencia disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=zhPwDGurR60>